

LIBROS

Rosa Chacel o el conflicto entre prójimos

Tarde, muy tarde se ha venido descubriendo por parte de las generaciones de posguerra —las otras quizá la hayan redescubierto si recuerdan su primera novela, *Estación de ida y vuelta*, publicada en 1930, y un libro de sonetos, *A la orilla de un pozo*, en 1936— la vasta y ejemplar obra de Rosa Chacel, nacida en Valladolid en 1898. Así, por ejemplo, la extraordinaria narración de la adolescente Leticia (1), publicada en el éxodo sudamericano de su autora en 1946, no ve la luz en España hasta 1971. Se podría dudar, pues, contrariamente al criterio de algún comentarista, de que la pequeña avalancha de novelas sobre la sensibilidad adolescente hayan sido escritas teniendo presentes las *Memorias de Leticia Valle* de la Chacel. Más bien soy de la opinión de que una publicación más temprana de esta obra habría reducido el número de los novelistas del género. Pero, hipótesis al margen, el hecho es que Rosa Chacel, como Max Aub, como Manuel Andújar, como tantos otros compañeros generacionales de exilio, están, afortunada y finalmente, presentes en nuestro panorama cultural.

La autora de *Teresa*, de *Sobre el piélago*, de *La sinrazón*, de *Ofrendas a una virgen loca*, de *Icada*, *Navda*, *Diada*, y del ensayo *La confesión*, acaba de publicar otro ambicioso ensayo (2) sobre el que vale la pena detenerse. Se trata de un texto o una serie de textos, *Saturnal*, del que se publicó un primer esbozo en la *Revista de Occidente* en 1931, y en el que su autora, según con-

fiesa, ha venido trabajando prácticamente hasta la fecha del epílogo en 1971, aunque el cuerpo del libro fuera definitivamente redactado en 1959-60.

Texto ambicioso por cuanto, en él, Rosa Chacel pretende desentrañar el signo de estos tiempos. Tiempos marcados por la búsqueda de un sentido a las relaciones humanas —igualitarismo social y sexual—, búsqueda que se inicia en los años treinta con la publicación de *L'amour et l'Occident*, de Denis de Rougemont, y que culmina con *Eros y civilización*, de Marcuse. Y también texto ambicioso, pese a su aparente humildad, por cuanto la autora dice situarse al margen de la ciencia académica, para constituirse en «algo así como el guía indígena que necesitan llevar los arqueólogos, antropólogos y filólogos para avanzar por el desierto o adentrarse en la selva». En otras palabras, se trata de dar la palabra al poeta en pleno cenáculo de los filósofos: y este es el primer escollo a sortear, porque lo habitual es que en estos temas el filósofo recurra al mito y se exprese poéticamente, mientras que la Chacel se expresa a través de exactamente lo contrario. Quizá en esto radique la mayor singularidad de su obra: se autoconcede la máxima carga de libertad e intuición para expresarse con el máximo rigor formal.

Me atrevería a comparar *Saturnal* a un complicado juego de la oca: lectura laberíntica, con palacios y estanques, pero también fosos y prisiones. Apasionante juego que recomiendo a todos los lectores, porque hay hallazgos que merecen correr todos los posibles riesgos, porque hay pasajes de una rabiosa juventud. En cuanto a los fosos y prisiones, el lector sabrá reconocer su última raíz en ese «platonismo cristiano» en el que la autora se debate, a veces con dramática honestidad.

Pero de todos sus hallazgos —nada apocalíptico, análisis del fenómeno cinematográfico, de la moda, de la obra de Kierkegaard y Rilke, entre otros— hay uno que merece comentario especial. Se trata de una visión del amor, de la guerra entre sexos y de las reivindicaciones feministas. La autora revisa muy duramente los clásicos del tema, como la *Bouvier*. Para Rosa Chacel el tema debe centrarse en tanto que «conflicto entre prójimos», es decir, conflictos de poder entre prójimos. Si el débil pudiera —y a veces puede— invertiría los papeles. ¿Pesimismo? En todo caso, el espíritu de Brecht aletea sobre tales proposiciones. Pero el problema se complica cuando los prójimos son hombre y mujer, por cuanto existen ciertos poderes renunciabiles, pero no por ello menos existentes: el poder del hom-

bre de violar, el poder de la mujer de mentir. Sólo si el hombre y la mujer, respectivamente, son conscientes de sus propios límites, taras, funciones y posibilidades, puede nacer un movimiento de concordia: acercamiento al universo femenino por parte del hombre, acercamiento al universo masculino por parte de la mujer. O sea, «aparente» feminización masculina y masculinización femenina. Un primer paso parece iniciar cierta juventud, hombres en su inmensa mayoría, según observa desapasionadamente la autora.

Podría resumirse el empeño de este texto, ya imprescindible en cualquier bibliografía sobre el tema, como una lucha por la lucidez, único camino para la concordia, para la colectiva orgía saturnal, porque «lo atroz, lo detestable, no es el caos, sino el falso orden, que es el genuino producto del resentimiento». ■ JOSE LUIS GIMENEZ-FRONTIN.

Entrevista con Juan Marinello

La Editorial Júcar acaba de publicar el tercer libro de la colección *Los Poetas*, dedicado a José Martí. Su autor es Juan Marinello, actualmente embajador de Cuba ante la UNESCO. Marinello fue en su país diputado, senador, ministro y rector de la Universidad de La Habana. Poeta, crítico y ensayista, ha sido siempre un gran divulgador de la obra de Martí, de la que habla con ardor.

JUAN MARINELLO.—Creo que los escritores españoles deben desatar una intensa ofensiva para que la obra del libertador cubano —prosa y verso— llegue al más general conocimiento. Se trata del más importante escritor que haya producido la América Latina. No hay otro tan original, sabio, rico y sorprendente, y no creo que se diga cosa descaminada al afirmar que es Martí el más alto cultivador de la lengua española en su tiempo. A España debe interesarle mucho una pleitesía sin fronteras a la obra de Martí, porque ella es también un gran homenaje a la lengua española.

CHAO.—Quizá su doble faceta de luchador y escri-

tor haya dejado algo en la sombra a la segunda.

J. M.—No es Martí el único hombre político doblado en escritor extraordinario. En nuestros días tenemos los casos de Mao Tse-Tung y de Ho Chi-Minh; en el pasado americano es muy destacado Sarmiento, y como figura lejana y protectora, la del Rey Salomón, a quien Rubén Darío llamaba graciosamente *distinguido colega*. Claro está que el de Martí es un caso distinto y, por ello, más delicado y polémico. El cubano —única ocasión que conocemos— es, al mismo tiempo, la primera figura política y artística del caso. Lo más notable de su caso es que su mensaje literario y político sigue siendo en buena medida vigente, porque en uno y en otro se adelanta a su época, señalando caminos al futuro.

«Es evidente que el que hacer revolucionario, multiforme, incansable, avasallador en Martí, le impidió una obra literaria más orgánica y extensa, pero en lo que nos dejó hay materia bastante para señalarle una grandeza definitiva. Meditando en el caso, he llegado a la convicción de que la talla gigantesca de mi compatriota en el campo de la creación literaria le viene, primordialmente, de su profunda humanidad, de su vitalicia condición heroica. Fue poeta y prosista insuperable porque fue un gran hombre.

CH.—Martí conoció a Emerson, a Whitman, a Thoreau. ¿Cree usted que éstos influyeron en el poeta cívico?

J. M.—Su indagación apunta hacia un aspecto capital de la lírica martiana. Hombre conmovido, estremecido, disparado por el ansia benéfica, había de llevar a su poema el anhelo céntrico de libertad a Cuba y a la América Latina, pero, *cerebro cósmico y concentrado universo*, que decía Darío, se vuelca en versos que visitan e inquietan todos los ámbitos. En uno de sus poemas mayores proclama que todo lo humano puede ser materia de poesía. Y lo cumple, porque, aunque no he hecho la cuenta exacta, es mayor el número de poemas inspirados por el amor, la Naturaleza, la amistad y la ternura que los que le dicta su musa civil. Luego,



(1) Rosa Chacel, *Memorias de Leticia Valle*, Lumen, 1971.

(2) Rosa Chacel, *Saturnal*, Seix Barral, 1972.